

La defensa y consolidación de las fronteras
en el Septentrión novohispano:
Geografía y desarrollos cartográficos (1759-1788)/
Boundary Defence and Consolidation in Northern New Spain:
Geography and Cartography Developments (1759-1788)

Jesús María Porro

Universidad de Valladolid

Planteamos en este trabajo la situación de la frontera septentrional en Nueva España durante el reinado de Carlos III, centrándonos en los aspectos relativos a su exploración, defensa y consolidación. Concedemos prioridad a los desarrollos cartográficos de la época, por lo que analizamos los mapas más significativos sobre ese territorio —si bien utilizamos de forma complementaria fuentes de archivo y bibliográficas—, argumentando así sobre el fortalecimiento de la frontera, la contención de los apaches y el valor de la cartografía generada, al posibilitar la actualización de los conocimientos geográficos.

PALABRAS CLAVE: Frontera; Defensa; Apaches; Exploraciones; Mapas.

This paper deals with the situation along the Northern boundary of New Spain under Charles III, focusing on the features referred to its exploration, defence and consolidation. Cartography developments of that period are considered especially important and therefore we study the most meaningful maps related to that territory, and at the same time we use sources from archives and bibliography in a complementary way. On that basis we reason about the boundary strengthening, the restraint of the apaches and the significance of the produced cartography, which made possible the updating of geographical knowledge.

KEYWORDS: Boundary; Defence; Apaches; Explorations; Maps.

Introducción

A lo largo del siglo XVIII, con la implantación de la dinastía borbónica en España, comenzó a desarrollarse una larga etapa de reformas, tendientes a modernizar el país e impulsar su desarrollo económico. En las posesiones hispanas en América la fase más amplia y profunda de las reformas borbónicas se desarrolló en la segunda mitad de la centuria, al coincidir el deseo de modernizar las instituciones y someterlas a un mayor control (potenciando la explotación de las diversas riquezas ultramarinas), con las inquietudes del Estado y la Corona, provocadas por la potencial amenaza de posibles injerencias o usurpaciones extranjeras en los territorios fronterizos españoles, derivando en no pocas preocupaciones y situaciones de alarma. La cuestión de la implementación de dichas reformas durante el reinado de Carlos III ha sido ya estudiada,¹ y no es nuestro propósito establecer una valoración de conjunto, ni tampoco para la Nueva España, pues las implicaciones más evidentes del proceso reformista fueron resaltadas en sus aspectos económicos, administrativos y políticos,² por lo que aquí nos centraremos en el tema de la consolidación fronteriza en el septentrión novohispano, a través de la exposición de los condicionamientos geográficos y el análisis de los testimonios cartográficos.

Si el siglo XVII estuvo dominado, en la frontera norte de la Nueva España, por las diversas sublevaciones de los grupos indígenas diseminados por aquel amplio territorio, el XVIII —particularmente la segunda mitad— fue la etapa de los ataques de dos poderosos grupos nómadas: los apaches y comanches. Transcurridas las primeras décadas de la nueva centuria, las autoridades virreinales mostraron un mayor interés por las provincias septentrionales: su ocupación era prioritaria desde el punto de vista geopolítico, si bien se antojaba muy complicada, ante la enormidad de las distancias existentes (tanto entre ellas como respecto a la capital), así como por la manifiesta belicosidad de los citados indígenas. Tras la amarga experiencia de la gran sublevación de los indios pueblo en 1680,³ se reforzó el sistema de presidios, máxime cuando hacia 1689 se confirmó la presencia de aven-

1 Para una primera aproximación y una visión general, Navarro García, 1992b; del mismo autor, 1985, pp. 9-16; para las cuestiones gubernativas, Burkholder y Chandler, 1977 (ed. Española, 1984); Paquette; 2008; respecto a la economía, Fisher, 1985.

2 Pietschmann, 1996; Vázquez (coord.), 1992; Navarro García, 1964 y 1992a, pp. 395-409; Brading, August 1973, pp. 389-414; Archer, 1977 y January 1981, pp. 315-350.

3 Knaut, 1995; Weber, 1999.

tureros franceses en Texas, pues la relativa y desigual riqueza minera del septentrión novohispano⁴ no pasó desapercibida para galos y británicos.

Así pues, durante el reinado de Carlos III, la reorganización de las Provincias Internas de la Nueva España —aparte de sus implicaciones administrativas— tuvo mucho que ver con el problema apache —y, en menor medida, de otros indios nómadas—, si bien se mantuvo latente la inquietud ante posibles intromisiones francesas o británicas. Nos centraremos en los sucesos acaecidos en el Septentrión, con el planteamiento de los intereses políticos y el temor de la Corte española, que provocó el reforzamiento de las fronteras (con medidas pobladoras y defensivas), y obligó a actualizar los conocimientos geográficos y cartográficos sobre aquellos amplios espacios, para disponer de unos mapas adecuados, que pudieran ofrecer las suficientes garantías de operar con la capacidad estratégica y defensiva convenientes. Teniendo en cuenta el periodo contemplado (1759-1788), esbozaremos la problemática geográfica-cartográfica en la zona norte de la Nueva España partiendo del comentario de los pocos ejemplares anteriores, para a continuación analizar los mapas más representativos de los citados años: los regionales de Middendorf, Tienda (1761) y Medina y Cabrera (1768), los de Urrutia y Lafora sobre el Septentrión (1768, 1769 y 1771), los de Mascaró (1777 y 1782), así como los levantamientos de Escalante sobre Utah, Garcés de la Pimería, Font sobre el Moqui (todos de 1777), Miera sobre Nuevo México (1777 y 1779) y Utah (1778) y el de Rocha sobre el Gila (1784). Citaremos también diversos ejemplares —México y el Septentrión— de Alzate (1767, 1768, 1769 y 1779), el de Duparquet (1778), algún anónimo (1779), el de Vial (1789) sobre el ámbito Mississippi-Río Grande, y los de Bonne relativos a Nuevo México (1780 y 1787).

Las lejanas Provincias del Norte: presidios, misiones y pueblos

En la zona norte de la Nueva España, el límite de la expansión española durante la primera mitad del siglo XVIII, estaba formado por una serie de asentamientos (presidios, misiones, pueblos, reales de minas y ranchos), diseminados por un amplio territorio que abarcaba desde el norte de la Baja California hasta la bahía del Espíritu Santo en Texas, pasando por el norte

4 Navarro García, 1960, pp. 17-31, donde señala la exigua vida de los yacimientos.

de Sonora, el sur de Arizona, el norte de Nuevo México hasta Taos y la franja de San Antonio de Béjar: esa era la amplia zona de frontera, escasamente poblada, poco cohesionada y de difícil defensa, con una extensa «tierra de nadie», por donde transitaban frecuentemente partidas de indios bárbaros e infieles —como se denominaba a los no civilizados—, que amenazaban los enclaves fronterizos; para facilitar la labor defensiva se habían construido fortificaciones (llamadas presidios) en lugares estratégicos, guarnecidas por escuadrones de caballería —de composición variable—, cuya principal misión era perseguir a los indios hostiles, castigándolos por sus actividades depredadoras. De entre aquellas gentildades, soportaron una evidente leyenda negativa, por parte de los españoles, los apaches acusados de crueldad (cuando ellos podrían hacer lo mismo con los hispanos que los hostigaban con frecuencia).⁵

Las escasas poblaciones españolas en el Septentrión se vieron reforzadas con la explotación minera y la presencia de diversas misiones y presidios, que contribuyeron a cohesionar la frontera; pronto crecieron centros como Chihuahua, Santa Eulalia o San José del Parral, comunicados con otros más modestos como Santa Fe o Santa Bárbara, por los pocos caminos, muy transitados por comerciantes, misioneros, militares, mineros, colonos y arrieros, transportando en acémilas o carros mercancías de diversa especie. Tres rutas se habían consolidado por entonces: el camino real de Tierra Adentro (el más antiguo, pues fue abierto por Oñate en 1598), uniendo Parral, Durango y Zacatecas (al sur) con Paso del Norte y Santa Fe (al norte), y las dos vías que comunicaban Chihuahua con las misiones jesuitas de la Tarahumara y con Sonora, a través de Buenaventura, Casas Grandes, Janos y el Paso del Púlpito. Tales rutas enlazaban estancias, misiones, presidios, centros mineros, poblados y casas de labranza, agrupando un poblamiento mixto de peninsulares, criollos, indios, mestizos, negros y mulatos, y vertebrando el desarrollo de un amplio territorio en cuya morfología externa, a menudo, resultaba difícil distinguir el ámbito urbano del rural.

Una de las prioridades de las autoridades hispanas consistió en reforzar y modernizar los escasos presidios de las provincias septentrionales, con vistas a una acción más eficaz ante el creciente peligro apache y las posibles intromisiones francesas y británicas. Pese a su carácter militar, los

5 Al respecto ver el informe de Bernardo de Gálvez: *Noticia y reflexiones sobre la guerra que se tiene con los indios apaches en las provincias de Nueva España* (descripción recogida en Velázquez) y Velázquez, octubre-diciembre 1974b, pp. 161-176.

presidios compitieron con las misiones como centros de avanzada de la ocupación española; su aportación civilizadora y de arraigo de la población no era desdeñable, ya que no sólo cumplían misiones defensivas (protegiendo a los pobladores y resguardando los caminos frente a los grupos indígenas hostiles), sino que actuaban como centros de poblamiento, pues aparte de las familias de los soldados, no pocos vecinos optaron por vivir cerca, por la seguridad que ofrecían. Consecuentemente, la proyección social de los presidios y las milicias fronterizas fue evidente.⁶

El mencionado proceso de modernización administrativa y estratégica afectaba en particular a los presidios novohispanos e implicaba la realización de mediciones topográficas, astronómicas y geodésicas, así como la elaboración de mapas más precisos.⁷ Especialmente preocupado por la frontera norte se mostró el virrey marqués de Casafuerte, celoso del peligro indígena y la posible penetración francesa.⁸

Cuando se ordenó la inspección de los presidios del norte de la Nueva España, el brigadier Pedro de Rivera recibió el encargo de acometer dicha tarea, informando además sobre la situación de las lejanas provincias. Rivera necesitó casi cuatro años (noviembre de 1724 a junio de 1728) para cumplir su doble cometido, siendo acompañado por el ingeniero militar Francisco Álvarez Barreiro, quien realizó los primeros levantamientos cartográficos sistemáticos del Septentrión; ambos visitaron lugares tan distantes como Chihuahua, El Paso, Santa Fe, Janos, Arizpe, Álamos, Casas Grandes, Saltillo, Monclova, San Antonio de Béjar o Monterrey. Poco después del regreso de Rivera —casi al mismo tiempo que se editaba el *Diario* con las impresiones de su viaje⁹— y siguiendo las pautas de su informe,¹⁰ el virrey Casafuerte promulgó el reglamento de todos los presidios, que tendría una vigencia de casi cuarenta años, hasta las reformas motivadas por la visita de Rubí y Lafora. Rivera denunció el mal estado de las fuerzas presidiales —incapacitadas para reaccionar con rapidez y eficacia—,

6 Velázquez, 1974a, donde alude a la mezcla racial que afectaba a la mayoría de los soldados presidiales (p. 133), así como al interés de la política española por acercar los presidios a los centros de población (p. 136)

7 De hecho se compuso un mapa, con datos relativos a pueblos, vecindarios y misiones, número, calidad, etc. si bien se mantuvo oculto ante el temor a que fuera conocido y aprovechado por potencias enemigas; Antochiw, 2000, pp. 71-88

8 Al respecto Weddle, 1991. Para una visión sobre la cartografía de la época en la amplia zona fronteriza ver Moncada Maya, 1987, pp. 25-34; Wheat, 1957; Jackson, 1998; y Weddle, 1995.

9 Rivera, 1946, 1993 y 2007.

10 Naylor & Polzer (comps. and eds.), 1988.

así como el descuido de los centros,¹¹ proponiendo la supresión de algunos y el cambio de ubicación de otros; además, recomendó separar el territorio de Sonora de la Nueva Vizcaya, como provincia independiente, petición que fue sancionada en 1733.¹² En el reglamento se establecía que soldados de los presidios debían escoltar a viajeros y caravanas, complementando esa tarea con recorridos de inspección por diversas zonas. Además, el brigadier diseñó una línea defensiva que vertebraría los presidios de costa a costa (del seno mexicano al golfo de California), al estilo del antiguo *limes* romano, unificando la zona septentrional, siguiendo en la parte oriental el curso del Río Grande.¹³

Antes de los levantamientos cartográficos de Álvarez Barreiro eran muy pocos los mapas que reflejaban el ámbito del Septentrión novohispano: apenas podemos señalar los ejemplares del jesuita italiano Eusebio Francisco Kino, válidos sólo para las Californias y Sonora (excepto el de 1710, con alusiones a Nuevo México y Nueva Vizcaya); el del franciscano veneciano Vincenzo Coronelli sobre Nuevo México (1689), muy esquemático y pobre; y ya en la tercera década del XVIII, el del explorador francés Jean Baptiste Bénard de La Harpe (1723) centrado en el territorio situado al oeste de Louisiana, realmente decoroso por su hidrografía y toponimia; y el anónimo de 1725, muy sobrio e inferior al anterior, si bien señalaba los presidios, junto a algunos datos de orografía e hidrografía.

La labor de Álvarez Barreiro¹⁴ —ascendido a teniente coronel en 1727— fue notable y concienzuda (señalamiento de distancias y rumbos, cálculos de latitudes y longitudes), lo que le permitió componer varios mapas interesantes de las provincias del norte en 1727: Nuevo México, Sonora, Nueva Vizcaya, Coahuila y Texas, además de los dos generales del Septentrión (1728 y 1729, que formaron su *Plano corographico e hidrográfico*), los más valiosos de la primera mitad de la centuria, realmente detallados, si bien con información limitada; el ingeniero completó su labor

11 Hasta la década de 1760 —con la creación del ejército regular de Nueva España— no hubo oficiales militares profesionales; muchos de los capitanes eran comerciantes y los soldados de las guarniciones mestizos endeudados con sus jefes; además, la mayoría de los capitanes cometía abusos de poder, ocupando a sus soldados en negocios o asuntos personales; todo ello entorpecía el eficaz funcionamiento de los presidios. Navarro García, 1964, pp. 60-63. Respecto a los presidios, Moorhead, 1975; Arnal, agosto de 2006; Borrero Silva, 1998; de la misma autora, 1993, pp. 181-197.

12 Borrero Silva, 1992, pp. 126-137.

13 Navarro García, 1964, pp. 61-72, 80, 137 y 138, expone que Rivera fue el primero en dar cierta cohesión a los territorios del norte.

14 Borrero Silva, 2002, pp. 51-57.

con una muy aprovechable *Descripción de las Provincias Internas de la Nueva España*.

Hacia mediados de siglo la relativa paz que durante algunos años habían disfrutado pueblos, misiones y presidios, se trocó en inquietud generalizada, motivada por los movimientos apaches en la frontera. ¿Qué había provocado en tan pocas décadas el cambio de actitud de estos indios? A comienzos del siglo XVIII los apaches habían consolidado su presencia en prácticamente la totalidad de Arizona y Nuevo México, así como la parte occidental de Texas, pero la presión de otras tribus indígenas, especialmente los comanches (que les disputaban los vastos cazaderos de bisontes en las praderas), desde los años 20, empujó a los apaches hacia la frontera española, pues sus enemigos les cerraron el paso a las factorías francesas de la zona del Mississippi y el noreste de Texas, impidiendo que pudieran adquirir de los traficantes galos y británicos las armas de fuego que los propios comanches consiguieron, y los españoles negaban a los apaches; estos fueron forzados por los comanches a replegarse hacia el suroeste de Texas y el sur de Nuevo México, manteniendo su presencia en Arizona. Ante la precariedad de esa nueva situación, los apaches comenzaron a hostigar los establecimientos españoles en busca de ganado, enconándose la situación al ver éstos en ello no una forma primitiva de lucha por la subsistencia, sino solamente robos, rebeldía, asaltos y guerra. Así, no pocos militares de frontera y misioneros, cansados de la supuesta o real belicosidad apache, solicitaron el empleo de medidas radicales, con frecuentes episodios de violencia (castigos corporales y esclavitud), que enfurecieron a los apaches, muy celosos de su libertad y autonomía (también sufrieron deportaciones).¹⁵ La recuperación de esa vida de rapiña tuvo mucho que ver con las fuertes presiones que el encarecimiento de los alimentos y las mercancías imponían sobre los sectores más vulnerables de la población.¹⁶

Pese a la exitosa campaña de Toribio de Urrutia en 1745,¹⁷ sólo tres años después el capitán del presidio de Conchos, Barroterán, llamaba la atención sobre el establecimiento de un nutrido grupo apache en el Bolsón de Mapimí; desde entonces la Nueva Vizcaya estaría en situación casi permanente de inseguridad. El peligro de que las partidas apaches pudieran contar con la colaboración de grupos fugitivos de tarahumaras rebeldes era

15 Velázquez, 1974b, pp. 170-172 y 1974a, p. 133.

16 Así lo plantean Ortelli, 2007, pp. 102-112, y De la Torre Curiel, otoño 2008, pp. 11-31.

17 Suceso que motivó el que tres grupos apaches de otras tantas gentilidades solicitaran la paz, en 1749, estableciéndose en ambas márgenes del Río Grande; Navarro García, 1964, p. 100.

grande, pues estos conocían muy bien el terreno que ahora comenzaban a frecuentar aquellos; hacia 1751 ya eran habituales las incursiones apaches en los asentamientos y rutas españolas del norte de la Nueva Vizcaya.

El problema de la frontera y las depredaciones indígenas

A comienzos del reinado de Carlos III, los apaches se agolpaban a lo largo de la frontera española, dividiéndose en tribus y parcialidades que actuaban de forma independiente y, a veces, chocaban entre sí (las más numerosas eran las de los chiricahuas, mezcaleros y lipanes, siendo representativos entre los grupos menores los mimbrenos, gileños, coyoteros y faraones);¹⁸ a finales de esa década ya eran constantes sus asaltos sobre los pueblos y ranchos de españoles, ante la posibilidad de adquirir vacas, caballos y un botín diverso en sus correrías y razias. Su dominio de los caballos, junto a su considerable rapidez, astucia,¹⁹ conocimiento y adaptación al medio físico, convirtió a los apaches en enemigos sumamente peligrosos; sus incursiones afectaron a toda la zona fronteriza, causando terror entre los viajeros y arrieros españoles. Por otro lado, hacia 1760, el Septentrión del Virreinato contaba con una escasa población (apenas un cuarto de millón de personas, distribuidas la mitad en Nueva Vizcaya, algo menos en Sonora, apenas 20.000 en Nuevo México, y 7.000 entre Coahuila y Texas), lo que suponía una dificultad añadida para resguardar los enclaves de frontera de la hostilidad indígena. En 1761 el obispo de Durango, don Pedro Tamarón y Romeral, dio alarmantes noticias sobre la situación del territorio de su jurisdicción²⁰ (abandonos de haciendas y ranchos, reducción de los hatos, muertes de vecinos y arrieros, inseguridad de los caminos e incapacidad de los cuerpos presidiales para contener a los apaches), solicitando el envío de más tropas, la erección de otros dos presidios y la

18 Mención aparte merecen los jicarillas, establecidos al noreste de Nuevo México, que no fueron hostiles a los españoles. Sobre los apaches, ver Moorhead, 1968; también Curtis, 1993; un buen resumen en Flagler, 2000, pp. 221-234.

19 Antonio de Pineda, gobernador de Sonora, ya comentaba la habilidad y cautela de los apaches en sus ataques; Rodríguez Pérez, 2001, pp. 69-128.

20 Por carta del 8 de enero de 1761 Tamarón notificaba al secretario de Indias Julián de Arriaga, la deplorable situación de inseguridad, así como las enormes pérdidas en vidas, haciendas y comercio, provocadas por los apaches; *Informe de don Pedro Tamarón y Romeral, obispo de Durango, al rey sobre los curatos y misiones de la Provincia de Zacatecas y la Custodia de Nuevo México* (1765), Biblioteca Nacional de México, Fondo Reservado, Colección Archivo Franciscano (BNM, FR, CAF), 16/294.1, f. 1-5v.

creación de cuerpos auxiliares de civiles —vecinos de los pueblos y trabajadores de las haciendas— para combatir a los belicosos nómadas; dos años antes, Tamarón había iniciado una larga visita por su Obispado y, con los informes acopiados, escribió una relación muy provechosa para conocer el estado de la Provincia.²¹

A mediados de los años 60 los apaches habían consolidado tres grandes rutas en sus asaltos a la Nueva Vizcaya:²² la del noroeste, desde Janos y Casas Grandes, llegando hasta Papigochic; la del norte, atravesando El Paso y Encinillas, hasta la villa de Chihuahua; y la oriental, partiendo del Bolsón de Mapimí hacia los ríos Florido y Conchos, afectando particularmente al valle de San Bartolomé y al territorio entre Guajuquilla y Julimes.

¿Qué conocimientos de la geografía física y qué grado de familiarización tenían, por aquellos años, las autoridades civiles y militares novohispanas sobre el inmenso territorio de la frontera norte? Poco podían saber, pues —desde la época de Álvarez Barreiro— apenas hubo un grupo de religiosos, militares, colonos y comerciantes que, por su experiencia, aportó algo a la escasa y modesta cartografía del Septentrión. El mapa del visitador franciscano Juan Miguel Menchero (1745) señalaba las misiones ribereñas establecidas entre el Paso del Norte y el río Conchos; sin referencias astronómicas, la carta tiene una estructuración hidrográfica y, pese a su interés, resulta muy limitada (la alusión a poblados y sierras apenas sirve para rellenar los espacios vacíos). José de Escandón, encargado de la colonización y el poblamiento del territorio de Nuevo Santander, elaboró un curioso ejemplar (*Mapa de la Sierra Gorda y costa del Seno Mexicano*, 1747), que reflejaba también la parte oriental de las jurisdicciones de Charcas y Coahuila, con un buen desarrollo hidrográfico y alusión a los núcleos urbanos, pero apenas presentaba la zona del Septentrión. Otro ejemplar aprovechable, si bien de ámbito regional, fue el mapa del jesuita Juan Antonio Baltasar —antiguo visitador y por entonces provincial de la orden— sobre las misiones de Sonora (1752), pues contaba con un buen desarrollo topográfico y una decorosa aproximación hidrográfica. También regionales son los dos mapas de Bernardo de Miera Pacheco sobre Nuevo México (1758 y 1760), bastante detallados y con notable información antropológica, hidrográfica y orográfica. La carta del visitador jesuita

21 Tamarón y Romeral, 1937.

22 Para la situación en la Provincia, Jones, 1979; respecto a la frontera en general, Gerhard, 1982; y Piñera Ramírez, 1987.

Padre Díez (1760) lleva orientación y graduación latitudinal, compendian-do la información relativa a misiones, poblados indios y presidios en Sonora, la Apachería occidental y el territorio Moqui, todo ello con una notable topografía, modesta red hidrográfica y abundante toponimia. Otros dos mapas con desarrollos regionales aparecieron en 1761: el del jesuita Middendorf sobre el territorio de la Alta Pimería, con alusión a las cam-pañas del gobernador de Sonora, Juan Antonio de Mendoza, a lo largo del río Gila (con doble graduación y detalles de orografía y toponimia); y el de José Tienda de Cuervo —sucesor del anterior en Sonora—,²³ que evidencia un conocimiento profundo de ese territorio, con alusión detallada a grupos indígenas, pueblos, presidios, minas, lugares de aguada, sierras y los esce-narios de la guerra contra los seris y las entradas de los apaches.

Tras el Tratado de París, de septiembre de 1763, con la cesión de la Louisiana occidental por parte de Francia, las autoridades novohispanas se encontraron con el problema que representaba la vecindad o la presencia ocasional de varias tribus de las praderas (osages, sioux, kiowas, tonka-was), derivando en movimientos continuos, actos de belicosidad, tráfico de armas y alcohol, asaltos a las factorías de San Luis, Arkansas y Natchitoches, etc. En 1764 comenzó el proceso de reorganización y moder-nización militar de la Nueva España: tropa, defensa, fortificaciones, coinci-diendo con la llegada de refuerzos peninsulares y del marqués de Rubí; al año siguiente, con el arribo del visitador general José de Gálvez hubo importantes cambios que culminaron con la sustitución del virrey. Según el informe del teniente general Juan de Villalba —comandante general de Armas y superior directo de Rubí— había, en 1764, un total de 23 presi-dios en las Provincias Internas, con apenas 1.200 hombres de guarnición. En agosto de 1765 Rubí recibió la orden de encargarse de la inspección de esos presidios, organizando una expedición que partió de la capital en mar-zo de 1766 y en la que figuraban el capitán ingeniero Nicolás Lafora²⁴ (y el después famoso Miguel Constanzó, por entonces subteniente), quien apor-tó un notable asesoramiento técnico y diseño de interesantes mapas en colaboración con el subteniente ingeniero José de Urrutia; la inspección finalizó en enero de 1768, siendo la segunda realizada en el Septentrión, tras la de Rivera y Álvarez Barreiro (1724-1728). El informe redactado por Rubí iba ilustrado con un mapa de Lafora.

23 Ramírez Meza, 1996, pp. 111-121.

24 Lafora, 1939; Navarro García, 2003, vol. 2, pp. 335-351; Fireman, 1977.

Hacia 1760 se recrudecieron las hostilidades indígenas, con levantamientos ya cíclicos de los seris en Sonora y nuevos movimientos apaches. Como consecuencia de la mencionada reorganización militar, en 1768 llegó a la provincia un cuerpo de ejército bien equipado, con la doble misión de combatir a los rebeldes seris y pacificar la frontera;²⁵ en mayo de 1769 el propio Gálvez se trasladó a Sonora para supervisar la situación. También hubo problemas en Texas y Nuevo México donde, tras la inspección, Rubí propuso formar una alianza con los comanches frente a los diversos grupos apaches que asolaban el sureste de Nuevo México; sin embargo, los comanches se revolvieron contra los españoles y el nuevo gobernador Pedro Fermín de Mendinueta tuvo que combatirlos vigorosamente en 1768. En enero de ese año finalizaron el visitador y el virrey Croix el proyecto definitivo, que debía ser presentado al monarca, para la creación de la Comandancia General de las Provincias Internas.

Para entonces había mejorado un tanto el conocimiento cartográfico del Septentrión, gracias a algunas aportaciones meritorias, destacando los diversos mapas (todos ellos cuidadosamente graduados) del polifacético sabio José Antonio de Alzate y Ramírez: al corregir un antiguo ejemplar de Sigüenza y Góngora, elaboró dos mapas sobre México (en 1767, completados con un tercero en 1769), y levantó otro, notable por su minuciosidad y detallismo (1768), muy interesante por su delineado de las provincias del norte —remitido a la Real Academia de Ciencias de París y dedicado a sus científicos, fue publicado por Philippe Buache en 1775—, que fue mejorado con su ejemplar de 1779. Otro buen desarrollo cartográfico fue el de Medina y Cabrera (1768), si bien limitado al ámbito de Sonora y, en el mismo año, apareció el hasta entonces más sólido levantamiento del Septentrión: el primero de los mapas realizados como fruto de la colaboración de Urrutia y Lafora, sobrio pero muy técnico. Precisamente ambos cartógrafos serían autores de los mejores desarrollos cartográficos de las Provincias Internas: el ejemplar de 1769 está trazado en cuarterones y contiene una completa información que incluye datos antropológicos (las gentilidades indígenas), geográficos (ríos, sierras, provincias y territorios), administrativos y políticos (ciudades, pueblos, misiones y presidios), y económicos (reales de minas, haciendas y ranchos); también refleja la línea de defensa proyectada (a manera de *limes* frente a los asaltos indígenas); el mapa de 1771 presenta un contenido similar, si bien está desarrollado en un

25 Elizondo, 1999.

solo bloque (apenas hay diferencias de tipo ornamental entre ambos). El propio Lafora elaboró otro ejemplar, ese año, en el que corregía adecuadamente la orientación del Río Grande y su afluente el Conchos, respecto al delineado que figuraba en los anteriores. Gracias a esos mapas las autoridades españolas —virreinales y peninsulares— dispusieron de una información muy valiosa para plantear la nueva estrategia geopolítica de los territorios fronterizos del Septentrión novohispano.

En la década de 1760 y a comienzos de 1771 se intensificaron los ataques apaches,²⁶ contándose —desde 1748— más de 4.000 personas fallecidas²⁷ y daños por un valor aproximado de doce millones de pesos. En julio de 1771 tuvo lugar una Junta de Guerra y Hacienda en México, por la que se creó el cargo de comandante inspector de Fronteras —siendo propuesto el teniente coronel Hugo O Connor para su desempeño— y remitiendo a Madrid un borrador del reglamento de presidios, que fue sancionado por Carlos III en septiembre del siguiente año, ascendiendo a O Connor al grado de coronel. Por entonces había comenzado la última guerra general en Nuevo México y Mendinueta tenía considerables problemas para repeler a comanches y apaches, lo cual no impedía que los hostiles se presentaran en Taos a comerciar en su feria. Por su parte O Connor, al recibir su nombramiento,²⁸ se trasladó a la frontera, tomando medidas para aliviar la situación en la zona limítrofe de Nuevo México y Texas; desde su puesto de mando en Chihuahua organizó las compañías volantes que funcionaron eficazmente, reduciendo de forma notable la actividad depredadora de los apaches; también erigió algunos presidios; su primera expedición duró seis meses (diciembre de 1772 a junio de 1773) y en ella reconoció los territorios situados al norte del Bolsón de Mapimí, rechazando a los indios a la orilla izquierda del Río Grande. Sin embargo, para desgracia de Mendinueta, los gileños, natajes y mezcaleros derrotados por O Connor se volvieron sobre Nuevo México, contando con el sorprendente apoyo de los comanches quienes, durante dos años, hostilizaron repetidamente las poblaciones de la Provincia. Por su parte, el comandante inspector, tras desalojar a varias partidas apaches de la Serranía del Burro y el arroyo de la Babia, cruzando el

26 Bernardo de Gálvez (sobrino del visitador) combatió contra ellos en 1769 y 1770, resaltando su austeridad, astucia, desconfianza, ligereza, resistencia y buenas cualidades guerreras en su *Noticia y reflexiones* ... ver su descripción en Velázquez, 1974b, pp. 162 y 163.

27 Navarro García, 1964, p. 213.

28 Archivo General de Indias (en lo sucesivo AGI), Guadalajara, 512, instrucciones del virrey Bucareli a O Connor, México, 1 de marzo de 1773.

Río Grande, había rechazado a un grupo numeroso en la Sierra de Mogano, a finales de 1773 y, en los últimos meses del siguiente año, varias fuerzas combinadas batieron a los apaches en las sierras de Mimbres, Sacramento y Mogollón.

Pocos años atrás, los franciscanos de Sonora y Nuevo México deseaban crear una comunicación entre sus misiones; desde San Javier del Bac el padre Francisco Garcés realizó tres viajes de reconocimiento —en la unión de los ríos Colorado y Gila— entre 1768 y 1771. Así, un capitán del presidio de Tubac, Juan Bautista de Anza —hijo del antiguo comandante de Fronteras, en Sonora— consiguió permiso del virrey²⁹ para intentar abrir una ruta terrestre entre el norte de Sonora y la Alta California: partiendo de Tubac en enero de 1774, recorrió 2.000 millas en cinco meses, consiguiendo unir Monterrey con los enclaves sonorenses; en septiembre de 1775 —siendo ya teniente coronel— repitió su viaje desde Horcasitas (en compañía del padre Pedro Font, experto cosmógrafo), guiando a un nutrido grupo de colonos y reconociendo el puerto de San Francisco (donde estableció lugares para el presidio y la misión), antes de regresar —a mediados de 1776— y recibir (1777) el nombramiento de gobernador de Nuevo México; esa experiencia fue aprovechada por Font para realizar dos interesantes levantamientos cartográficos: uno relativo a la bahía de San Francisco y otro sobre las Californias (1776) —apenas un apunte— que incluía la parte norte de Sonora. Unos tres meses antes de la segunda partida de Anza, fray Silvestre Vélez de Escalante intentó acceder al territorio del Moqui y, aprovechando ese segundo viaje, el padre Garcés se quedó en el Colorado reconociendo sus márgenes y dirigiéndose a la misión de San Gabriel, desde la cual intentó acceder a Nuevo México, si bien no pasó de Oraibe, en el Moqui, escribiendo a su colega de Zuñi en julio de 1776.³⁰ Cuando el comisario franciscano, fray Francisco Atanasio Domínguez, tuvo conocimiento de tal hecho, decidió viajar en compañía de fray Silvestre, intentando abrir un camino hacia Monterrey: ambos partieron de Santa Fe ese mes, regresando en enero de 1777 sin haber podido alcanzar su objetivo.³¹ Sin embargo, su experiencia sirvió para un primer conocimiento de una vasta

29 AGI, Guadalajara, 513, notificación de Bucareli a Arriaga, fechada en México, el 26 de septiembre de 1773.

30 AGI, Guadalajara, 516, *Diario* de Garcés, firmado en Tubutama el 3 de enero de 1777; Garcés, 1996. 1996

31 AGI, Guadalajara, 416, *Diario* de Domínguez y Vélez de Escalante, firmado en Santa Fe el 3 de enero de 1777; Chávez y Warner, 1995; Bolton, 1950.

extensión de tierra situada al noroeste: aunque no cruzaron las Montañas Rocosas, llegaron hasta el lago Utah y el río Severo (afianzando la creencia —mantenida durante medio siglo— en un gran río que, partiendo del lago, llegaba al Pacífico); el reflejo del periplo en la cartografía fue inmediato, pues acompañaba a los frailes el experto cartógrafo Bernardo de Miera Pacheco, quien fuera alcalde mayor y capitán de guerra en Pecos y Galisteo.

Entretanto el año 1775 siguió marcado por el estado de guerra en Nuevo México, donde sus pobladores tuvieron que soportar numerosos asaltos y depredaciones comanches y apaches,³² además de otros perpetrados por los navajos sobre los indios pueblo,³³ si bien las gestiones de Mendinueta dieron resultado y, a finales de noviembre, estos aceptaron firmar la paz.³⁴ A comienzos de 1776 sólo hubo algunas acciones aisladas de los comanches y, a mediados, se desarrolló la última campaña general de O Conor, siendo batidos los apaches de Poniente, que se vieron obligados a abandonar la cuenca del Gila y la sierra de Mimbres, refugiándose en la misión de Zuñi, donde pidieron la paz. Atendiendo sus repetidas peticiones, Mendinueta fue relevado en el gobierno de Nuevo México, siendo sucedido por Anza.³⁵

La reorganización territorial y la consolidación de la frontera

Cuando en 1776 Gálvez fue nombrado secretario del Despacho de Indias —en sustitución de Arriaga— pudo llevar a la práctica su antiguo plan, madurado desde sus años de visitador en Nueva España; el proceso de reorganización implicó la creación de la Comandancia General de las Provincias Internas, como nueva entidad jurisdiccional, política, administrativa y militar (que incluía las provincias de California, Sonora, Sinaloa, Nuevo México, Nueva Vizcaya, Coahuila y Texas),³⁶ con mando militar

32 Mendinueta escribía al virrey que sus tropas no podrían participar en la campaña general planeada por O Conor, pues bastante hacían con defender la Provincia; Navarro García, 1964, p. 248.

33 Al respecto ver Flagler, 1988, pp. 129-157.

34 AGI, Guadalajara, 514; informes de Mendinueta a Bucareli de 23 de noviembre y 1 de diciembre de 1775; en reconocimiento de la labor del gobernador de Nuevo México, este virrey solicitó que se le concediera el grado de brigadier, otorgado en mayo de 1776.

35 AGI, Guadalajara, 300; real orden a Bucareli, firmada por Gálvez, el 9 de febrero de 1777.

36 El límite entre la Comandancia General y el Virreinato abarcaría el sur de Sinaloa, Durango, Coahuila y el extremo oriental de ésta, pasado el Río Grande y cortando el Nueces; Navarro García, 1963, pp. 118-160.

independiente. El cargo de comandante general recayó en el brigadier Teodoro de Croix, sobrino del antiguo virrey Carlos Francisco y la sede en Arizpe, localidad muy distante de los territorios orientales, que, si bien era populosa, gozaba de buenas tierras y de una situación central en la provincia de Sonora, aspecto decisivo para la proyectada expansión hacia la Alta California, prioritaria en el plan de Gálvez.³⁷

A mediados de 1777 la paz distaba de ser una realidad en Nuevo México: los informes aludían a 991 personas fallecidas en los ataques, 154 capturadas, 74 haciendas abandonadas y 33.000 reses robadas; entre mayo y septiembre se repitieron las habituales incursiones depredadoras de comanches y apaches, además se restableció la anterior alianza entre estos y los navajos.³⁸ Por entonces, el ya brigadier O Conor, una vez relevado de su puesto de comandante inspector, se quejaba veladamente al virrey de que no fueron atendidas sus sugerencias —basadas en su experiencia— para mejorar la situación y la seguridad en la frontera;³⁹ presumiblemente O Conor era consciente del disgusto que acarrearón a Bucareli la limitación de su autoridad y la disminución de sus funciones —si bien se mantuvo impecablemente leal al rey—, pues su oficio deja entrever una cierta amargura y no poco escepticismo hacia algunos funcionarios (¿incluido Croix?).⁴⁰ Tras varios meses de preparativos, en agosto Croix se trasladó al norte y, tras una estancia en Durango, llegó a Chihuahua en marzo de 1778, observando la insuficiencia de la línea presidial y la necesidad de reforzarla: había 22 presidios, 4 compañías volantes y 2 piquetes de dragones del ejército regular (con poco más de 2.300 hombres); 4 compañías de milicias

37 Para la reorganización territorial y la implantación del sistema de reformas, Navarro García, 1992b; Pietschmann, 1996; Vázquez (coord.), 1992.

38 El hecho de que cada natani (cacique) respondiera sólo ante los miembros de su banda dificultaba la posibilidad de mantener una paz duradera con los distintos grupos navajos; estos solían aliarse con los gileños o los chiricahuas, buscando un equilibrio entre españoles y apaches; Flagler, 1988, p. 138.

39 BNM, FR, CAF, 2/17.1, f. 1-3, O Conor a Bucareli sobre su actuación al frente de las Provincias Internas, México, 22 de julio de 1777. La misiva fue consecuencia del informe solicitado por Croix a O Conor sobre el estado del territorio y las previsiones que tomó para su mejora (el brigadier respondió al comandante general en la misma fecha).

40 *Ibidem*; alegaba O Conor: «jamás podrá darse providencia oportuna, sin tener un exacto y cumplido conocimiento de las Sierras, Bolsones y Aguages que los indios prefieren para su domicilio, aunque momentáneo y pasajero»; para combatir eficazmente a los indios era preciso emplear mucho tiempo en «marchas, desvelos, vigiliias, encuentros y choques», siendo necesario conocer su carácter, alianzas y modo de guerrear, para planear adecuadamente las campañas. Si los apaches se sentían acosados, no hostigaban los presidios y las poblaciones; al final, se quejaba de que no fueron atendidos sus consejos (basados en su experiencia) ni se le consultó en diversas cuestiones relativas a las Provincias Internas

y 3 de auxiliares indígenas completaban las fuerzas defensivas de la frontera. A cambio de su prestación militar, los colonos tenían derecho a portar armas y gozaban de exención de impuestos.

Tanto Lafora, que, tras acompañar a Rubí, había ejercido como asistente de O Conor, como el franciscano fray Juan Agustín de Morfi, que lo era de Croix en su recorrido por las provincias del norte, coincidían en sus apreciaciones —confirmando las negativas impresiones de Tamarón—, al señalar el peligro que la amenaza apache representaba para la supervivencia de la Nueva Vizcaya.⁴¹ El propio Croix solicitó a Morfi copia de su *Diario*, así como la confección de un croquis corrigiendo los errores que observara en el mapa general de las Provincias Internas, basándose en su experiencia del viaje.⁴² Por entonces, en julio de 1778, partió Anza hacia Santa Fe llevando instrucciones de Croix relativas a concluir un padrón de la Provincia, levantar y remitir mapas de cada jurisdicción, y formar o mejorar el funcionamiento de las oportunas milicias,⁴³ transcurriendo el resto del año con los habituales asaltos, robos y alarmas. Pero también hubo otras novedades positivas ya que los citados viajes de Anza, Garcés, Domínguez y Escalante, más los diversos reconocimientos de Croix o sus delegados, permitieron la realización de interesantes muestras cartográficas que aparecieron a lo largo de 1777 y 1778: un mapa de Font sobre las Californias, Sonora y Nuevo México, con interesante planteamiento hidrográfico y topográfico; otros dos de Garcés —uno en colaboración con Font— sobre el mismo ámbito, indicando (además de los datos físicos) los presidios y naciones indias; un cuarto, obra de Escalante, sobre el territorio de Utah, con un delineado cuidadoso de ríos, sierras y lagunas, situando los respectivos grupos indígenas; otros tres mapas, levantados por Miera, sobre los reconocimientos del territorio situado al noroeste de Nuevo México: aquí se aprecia la mano de un experto cartógrafo, con minuciosidad, precisión, riqueza de detalles y graduación (destacando las

41 Morfi aludía a los continuos robos apaches, seguidos de persecuciones casi siempre estériles (Morfi, 1967; se trata de la versión más amplia del *Diario* (la privada), finalizada a punto de regresar a la capital, el 1 de junio de 1781; la reducida, que abarca desde la salida hasta la llegada a Berroterán (el 24 de febrero de 1778), es la pública y más conocida; véase Morfi, 1935.

42 BNM, FR, CAF, 2/23.2, f. 2; nota de Croix a Morfi solicitando la corrección del mapa y el envío del diario, Chihuahua, 31 de marzo de 1778. Quizá ese encargo motivara la confección, por parte del franciscano, de su *Compendio del diario del viaje a las Provincias Internas*, firmado en la citada villa, el 26 de abril de 1778. Se conserva un ejemplar en la CAF, 3/25.1, f. 1-6 v.

43 AGI, Guadalajara, 267, notificación de Croix a Anza, fechada en Chihuahua, el 22 de julio de 1778.

lagunas de Timpanogos y Miera como posible curso fluvial); también apareció un excelente ejemplar del ingeniero Manuel Agustín Mascaró, sobre las Provincias Internas, constituyendo una auténtica enciclopedia sobre los descubrimientos y conocimientos geográficos del momento, pues, basándose en Lafora, incorporó las últimas referencias en la costa pacífica, el Colorado y Nuevo México, trazando los caminos de México a Santa Fe y Tucson y recogiendo los itinerarios de Domínguez-Escalante y Teodoro de Croix; el propio Mascaró —quien había acompañado al comandante general en su recorrido por las Provincias Internas— proporcionó la información necesaria a Miguel Constansó, que le permitió actualizar el mapa de Lafora; Carlos Peison de Duparquet —quien también acompañó a Croix como geógrafo— fue autor de un modesto levantamiento cartográfico, correspondiente a la zona oriental.⁴⁴

En los primeros meses de 1779 hubo algunas tentativas de paz, por parte de grupos sueltos de apaches en la zona de El Paso: fue la presión militar española, junto a las ventajas que podían obtener dedicándose a las transacciones comerciales, lo que decidió a los mezcaleros del grupo de Patule a solicitar la paz en el otoño; sin embargo, los españoles desconfiaban de tales acuerdos, pues se habían dado casos en que los apaches los buscaban y utilizaban para poder combatir con libertad a sus acérrimos enemigos comanches; y, en otras ocasiones, acordaban la paz en un lugar, atacando a continuación en otro. Entre agosto y septiembre realizó Anza su primera gran campaña en Nuevo México contra los comanches, contando con un cuerpo mixto de soldados, civiles y auxiliares indios, a los que adiestró con la táctica conveniente —marchas silenciosas, nocturnas y rápidas, borrando sus huellas—, quebrantando notablemente su poderío al obtener una gran victoria y matar a varios jefes (incluyendo al temido Cuerno Verde);⁴⁵ a Miera se atribuye un interesante levantamiento cartográfico que abarca una amplia extensión de tierra situada al norte de Santa Fe, indicando ríos, sierras y localidades, y explicando el territorio descubierto en esa campaña, así como el lugar en el que fueron derrotados los comanches. En ese mismo año elaboró Miera un buen mapa de Nuevo México,

44 Se trata del *Mapa desde Veracruz a los Presidios del Norte y de estos a Chihuahua*, del 17 de mayo de 1778.

45 AGI, Guadalajara, 271, oficio de Teodoro de Croix a Gálvez, Arizpe, 23 de enero de 1780, incluyendo el *Diario* de Anza (leg. 278). Flagler, 1988, p. 140, expone que esa fue la primera ocasión en la que Anza probó su política hacia los hostiles, realizando primero una enérgica demostración de fuerza, para obsequiar luego con dádivas a los diversos caciques.

riguroso y preciso, indicando las Alcaldías Mayores. Contrasta con el anterior un ejemplar anónimo —de la misma fecha— que muestra un delineado erróneo del Río Grande, si bien presenta una amplia toponimia hidrográfica y topográfica. A pesar de haber estrenado su mandato en una situación muy delicada, Anza finalizaba el año 1779 siendo el pacificador de la pradera, pues pocos meses después el nuevo jefe comanche pidió la paz que, finalmente, fue concertada; así, el gobernador consiguió un apreciable aumento de la seguridad y tranquilidad en la frontera oriental, pues la alianza comanche —teniendo en cuenta su número, valor, lealtad y secular odio hacia los apaches— sirvió de alivio y contrapeso a los españoles de Nuevo México, en su esfuerzo por contener a éstos. Además, en ese año se produjo un hecho relevante para las guarniciones y poblaciones de los territorios fronterizos: el establecimiento del servicio regular de Correos, organizado a caballo y con escolta.

A comienzos de 1780 Croix se estableció en Arizpe (pasando así la localidad a ser la sede efectiva de la Comandancia General), tras emplear más de un año en tomar diversas disposiciones y familiarizarse con el territorio (recorriendo las provincias de su jurisdicción); había residido largo tiempo en Chihuahua, por tratarse de la población con mejor ubicación estratégica, la más céntrica de todo el Septentrión. Durante esa etapa de permanencia Croix trató de organizar el gobierno y buen funcionamiento de la Comandancia General sin mucho acierto, pues había fuertes obstáculos que impedían su consolidación: su considerable extensión territorial, la escasez y diseminación de la población, la deficiencia e insuficiencia de las vías de comunicación y los problemas de insumisión indígena (tanto internos como externos). Por otro lado, no todos los grupos comanches aceptaron la paz, ya que muchos se desplazaron en masa a Texas, constituyendo un evidente peligro para la provincia, pues asaltaban ranchos, presidios y misiones, por lo que el año 1780 reflejó las típicas correrías y escaramuzas que amenazaban la seguridad de la frontera: los lipanes, temerosos de los comanches, se replegaron a la zona entre Béjar y Río Grande; algunos mezcaleros abandonaron sus poblados, asentándose junto a los presidios y, en diciembre, un nutrido grupo comanche penetró en Coahuila, siendo rechazado por los presidiales de Monclova. Al mismo tiempo, la estabilidad de Nuevo México se vio dificultada por la alianza entre navajos y apaches gileños. Parecía que todas las Provincias Internas se agitaban, pues en Sonora se recrudeció el problema seri, decidiéndose la creación de tropas presidiales de indios aliados: dos compañías de ópatas —con sede en

Bacoachi y Bavispe— y otra de pimas altos -en San Ignacio—, para ayudar a derrotar a los insurgentes.⁴⁶

En noviembre de 1780 salió Anza de Santa Fe, intentando llevar a la práctica un viejo proyecto suyo: buscar una comunicación directa entre esa capital y Sonora; para ello, se dirigió a la zona de San Cristóbal y siguió el curso descendente del Río Grande, cruzándolo, luego atravesó la sierra de Mimbres y otras —cambiando de rumbo con frecuencia debido a la fragosidad de los terrenos y la escasez de agua—, apareciendo por la sierra de En medio, casi frente al presidio de Janos en Nueva Vizcaya, siendo su objetivo el sonorense de Santa Cruz); cuando llegó a Arizpe —39 días después— había recorrido 221 leguas. Anza creía poder recortar considerablemente esa distancia (dejándola en menos de 150 leguas) si hallaba un paso entre las sierras de Mogollón y Mimbres, ofreciéndose para ello; cuando regresaba a Santa Fe, en enero (1781) fue atacado por un grupo apache —los mezcaleros continuaban con sus depredaciones en la zona meridional de la provincia— en la Jornada del Muerto, si bien unos meses más tarde —en septiembre— consiguió establecer la paz, que sería ya duradera, con los comanches, que en el futuro actuarían como aliados.

El invierno de 1781-1782 discurrió con frecuentes asaltos y robos de los mezcaleros —sobre todo la banda de Patule el Grande— en las zonas fronterizas de Nuevo México, Nueva Vizcaya y Coahuila; tras varios episodios de guerrillas, el gobernador Juan de Ugalde consiguió batirlos en el Bolsón de Mapimí, infligiéndoles severos reveses entre enero y mayo;⁴⁷ además, en octubre Muñoz desbarató la ranchería de Bigotes en la Sierra de San Cristóbal, matando al jefe. Era difícil evitar los desmanes de grupos hostiles en diversas poblaciones, pese a que en el siguiente otoño-invierno (septiembre de 1782-marzo de 1783) Ugalde desarrolló su tercera campaña en el Bolsón. En mayo el presidio de Tucson sufrió un violento ataque por parte de un grupo apache, que fue rechazado. Por entonces (1782) Mascaró realizó un excelente levantamiento cartográfico de las Provincias Internas, muy técnico, preciso y riguroso, aportando la novedad de la ruta de Anza desde Santa Fe hasta Arizpe, así como los viajes que enlazaron Sonora y la Alta California; un segundo mapa, anónimo (copia del de

46 Mirafuentes Galván, 1993, pp. 93-114.

47 Comenta Flagler, 2000, p. 225, que las tropas de Ugalde mataron a numerosos apaches, incluyendo cinco jefes, y recuperaron unos 500 caballos y mulas.

Mascaró), incide en las reformas y los topónimos, señalando el dispositivo defensivo en el Bolsón); otro ejemplar notable de Mascaró es el correspondiente a la Provincia de Texas, con cuidadoso delineado e interesante plan-teamiento hidrográfico.

En febrero de 1783 Felipe de Neve —el comandante inspector de Fronteras, antiguo gobernador de California— fue nombrado comandante general de las Provincias Internas, sustituyendo a Croix, que era ascendido a virrey del Perú. En esa época se recrudecieron las rebeliones de seris en Sonora (combatidos en el Cerro Prieto por presidiales y ópatas) y tarahumaras en Nueva Vizcaya (en agosto se creó la compañía volante de Saltillo para controlar sus correrías en el Bolsón), además de producirse algunas incursiones de apaches gileños, rechazados por los pimas de San Ignacio. El fortalecimiento de la frontera en la parte central hizo fracasar los intentos apaches de atravesar el territorio entre los presidios de Janos y Fronteras, para dirigirse al sur; por ello, fueron trasladándose progresivamente hacia el Poniente, hostigando los de Terrenate y Tucson.

El año 1784 comenzó con una notable actividad militar en Sonora, donde finalmente fueron reducidos los últimos grupos insurrectos de seris; en febrero y marzo hubo nuevas incursiones de apaches —reforzando los chiricahuas y mimbrenos a los gileños— sobre Santa Cruz y Tucson. En esa situación, gracias a la buena labor desarrollada durante el mandato de Croix, pudo Neve organizar y ejecutar la campaña general contra los apaches occidentales (previamente hubo algunas exploraciones para descubrir las zonas de refugio de los chiricahuas en la cuenca del Gila): esta se inició a mediados de abril, participando cinco destacamentos procedentes de cuatro presidios, y constituyó un éxito notable,⁴⁸ debido a la acción de los ópatas, que combatieron ágilmente en un terreno escabroso, donde no podía actuar la caballería, y a la buena guía de las operaciones, gracias al cuidadoso mapa levantado por el ingeniero Jerónimo de Rocha, que señalaba el distrito del Gila con detalle y los itinerarios por donde se debía efectuar el ataque. Aunque la victoria no resultó definitiva, sí contribuyó a disminuir la intensidad de los asaltos apaches en Sonora y Nueva Vizcaya. A principios de julio finalizó la campaña pero Neve apenas pudo disfrutar de los buenos resultados, pues de camino a Chihuahua enfermó y falleció a finales de agosto, asumiendo interinamente el mando de la

48 Según Flagler, 1988, p. 139, en la campaña fallecieron 68 apaches y los españoles consiguieron gran cantidad de pertrechos, pieles y alimentos, así como 168 caballos y mulas.

Comandancia el coronel José Antonio Rengel (comandante inspector de los presidios), quien había llegado de España poco antes, recién ascendido.⁴⁹ A lo largo de esos meses hubo incursiones aisladas de apaches —como represalia por las operaciones en el Gila— sobre San Javier del Bac, Tucson y Fronteras, siendo rechazados por las milicias ópatas y pimas. En noviembre se produjo la última gran incursión apache en Nueva Vizcaya, participando más de 400 chiricahuas y gileños, que fueron desbaratados en un amplio escenario comprendido entre Julimes, la sierra de los Mimbres y la de Carretas; al no conseguir robar ganado⁵⁰ y encontrándose faltos de mantenimientos, los chiricahuas se vieron obligados a pedir la paz.

A lo largo de 1785 hubo duros y frecuentes enfrentamientos con los apaches en la frontera norte de Nueva Vizcaya, si bien en los restantes territorios su actividad disminuyó notablemente (en Nuevo México, las medidas preventivas de Anza⁵¹ evitaron que los navajos pasasen a zona gileña actuando como aliados); hubo varias batidas desde las Sierras Escondida y Mimbres hasta el río Puerco. Desde Janos, organizó Rengel la última campaña general contra los gileños —diciembre a enero de 1786—, con modestos resultados. Por entonces hubo dos novedades importantes: Bernardo de Gálvez fue nombrado nuevo virrey (entrando en México en noviembre) y el brigadier Jacobo de Ugarte y Loyola era designado (a instancia de Gálvez) comandante general de las Provincias Internas (finalizando así la interinidad de Rengel).

Las depredaciones apaches seguían afectando periódicamente a la frontera, movidos éstos por «justa satisfacción de sus agravios» —palabras de Gálvez—, su inconstancia, carácter insumiso, tendencia natural al robo y diversidad de tribus y grupos, a quienes no obligaba lo acordado por los demás. Por ello, la guerra continuó, de forma intermitente, contra mezcaleros y lipanes, si bien el virrey Gálvez era partidario de evitar las hostilidades cuando fuera posible —pese a reconocer que los apaches constituían el verdadero problema y eran los grandes enemigos en las

49 El caso es ilustrativo sobre la confianza del monarca en los altos mandos del ejército —profesionalizado apenas dos décadas antes—, quienes fueron objeto de notables privilegios reales. Sobre el ejército, Marchena (coord.), 2005, CD-Rom.

50 Comenta Rodríguez Pérez, 2001, que los españoles recuperaron 775 caballos robados.

51 Según Flagler, 1988, p. 139, Anza prohibió a los navajos desarrollar su lucrativo comercio con los indios pueblo y los españoles de Nuevo México, enviando patrullas para evitar su contacto con apaches, hasta conseguir que negociaran la paz; algunos grupos incluso actuaron como auxiliares durante los siguientes meses.

Provincias Internas—, ofreciendo la paz y, si fuese despreciada, combatiendo con la máxima dureza posible.⁵² Aprovechando la reciente hostilidad entre mezcaleros y lipanes, Anza consiguió un importante éxito diplomático, al lograr renovar a finales de 1785, la anterior paz con los comanches, convirtiéndola en estable y duradera; la potencial amenaza de éstos (al este) y de los yutas (al norte) hizo que los grupos navajos renuentes aceptaran abandonar a los apaches y deponer su actitud hostil hacia los españoles.

El comandante general Ugarte —quien recibió su instrucción de gobierno en agosto de 1786— recogería los frutos de esa paciente política de los años anteriores pues, durante su mandato, los chiricahuas empezaron a pedir la paz por grupos, buscando establecerse en la zona de Arizpe o Bacoachi. Comenzó así a funcionar, con una moderada eficacia, la nueva política en el Septentrión mexicano, basada en el intento de pacificar a los apaches mediante su instalación en asentamientos agrícolas. Por entonces se dispuso una reorganización de las Provincias Internas: la Comandancia principal quedaba reducida a las Provincias de las Californias, Sonora y Sinaloa (al mando de Ugarte), creándose dos subordinadas: la del centro, formada por Nuevo México y Nueva Vizcaya (bajo la autoridad de Rengel), y la oriental, constituida por Texas y Coahuila, siendo poco después añadidas las Provincias de Nuevo León y Nuevo Santander, más los distritos de Saltillo y Parras, gobernadas por Juan de Ugalde. Ese año de 1786 se decretó el cambio —que se produjo uno después— en Nuevo México, pues Fernando de la Concha sustituiría en el gobierno de la Provincia a Anza; además, fue preciso cubrir interinamente el gobierno superior, ya que a finales de noviembre falleció Gálvez cuando apenas llevaba un año en el cargo. El nuevo virrey Manuel Antonio Flores llegó a México en agosto de 1787 y, en diciembre, reorganizó las Provincias Internas, reduciendo a dos las comandancias: la occidental o de Poniente (Californias, Sonora, Nueva Vizcaya y Nuevo México), gobernada por Ugarte, y la de Oriente (Coahuila, Texas, Nuevo León, Nuevo Santander, más los distritos de Saltillo y Parras), bajo el mando —puramente militar— de Ugalde; debía haber correspondencia y acuerdo entre ambos comandantes para dirigir las operaciones militares.⁵³

52 Según Gálvez, tanto la mucha contemplación —que insolentaba a los indios—, como el excesivo rigor —que los desesperaba— habían sido las causas de la irremediable guerra que asolaba a las Provincias.

53 Navarro García, 1964, p. 462 y del mismo autor, 1963, p. 124.

La actuación de Ugarte en su Comandancia fue positiva⁵⁴ pues, gracias a sus desvelos y notables esfuerzos diplomáticos, la frontera norte conoció una apreciable situación de paz y orden⁵⁵ —pese a las escaramuzas aisladas, si bien violentas, de grupos de mimbrenos y mezcaleros—,⁵⁶ con la mayoría de los apaches viviendo en pueblos, dedicados a la agricultura y la cría de ganado. En 1788 entraba en vigor la ordenanza del sistema de Intendencias en la Nueva España y en el mes de diciembre fallecía el monarca Carlos III.⁵⁷

En cuanto a la producción cartográfica no hubo novedades apreciables en esos años y resaltaremos solamente dos mapas: el modesto pero interesante levantamiento del explorador francés Pierre Vial⁵⁸ (1789), que refleja el viaje realizado,⁵⁹ por orden del gobernador de Texas Domingo Cabello y Robles, desde San Antonio a Santa Fe y la vuelta hasta Natchitoches (1787) —perfilando el territorio de Texas, Nuevo México, Oklahoma y Louisiana—, apenas un croquis, que señala la zona comprendida entre los ríos Mississippi y Grande, con otros cursos fluviales y algunos detalles de orografía y toponimia. El segundo corresponde a un ejemplar curioso: el sencillo —si bien decoroso— mapa de Melchor Núñez Esquivel (*mapa de los pueblos y lugares de Saltillo, Parras, Álamo, Hornos y Cuencamé, de la Intendencia de Durango, Nueva Vizcaya, 1787*), que proporciona una interesante información sobre la hidrografía y orografía de la zona comprendida entre la región lagunera y el Bolsón de Mapimí.⁶⁰

54 En octubre de 1789 el nuevo virrey Francisco de Güemes, segundo conde de Revillagigedo, criticó el desempeño de Ugalde, al tiempo que alababa a Ugarte por su talento y prudencia, pidiendo su sustitución por su avanzada edad —con menos años, opinaba, hubiera sido la persona idónea para regir la Comandancia— y recomendando su ascenso al empleo de mariscal de Campo, así como el traslado a una gobernación más descansada. Por real orden de marzo de 1790 fueron atendidas sus peticiones.

55 Porro, 1996, pp. 179-199.

56 Entre abril de 1786 y finales de 1787 las depredaciones y los correspondientes enfrentamientos ocasionaron 306 muertos y 30 prisioneros entre los españoles, que infligieron a los apaches de las distintas parcialidades 326 muertos y 360 cautivos, rescatando 21 prisioneros y recuperándose aproximadamente la mitad de los 4.000 caballos robados; Rodríguez Pérez, 2001, pp. 127 y 128.

57 Como complemento a la bibliografía citada, pueden consultarse las siguientes obras: Hernández Sánchez-Barba, 1957; Represa, 1990; Moncada Maya (coord.), 1999. Una vez elaborado el trabajo hemos sabido de una reciente publicación que contiene diversos capítulos sobre la presencia española en el Septentrión: Martínez Laínez y Canales Torres, 2009.

58 Mapa del territorio comprendido entre la Provincia de Nuevo México y el Fuerte de Natchitoches y Texas

59 Loomis y Nasatir, 1981.

60 Corona Páez, julio y agosto de 2004, pp. 2-5 y 2-7 respectivamente, afirma que el autor del mapa no fue Esquivel, sino el presbítero Dionisio Gutiérrez, párroco de Parras. Puesto que Esquivel levantó dos mapas, no sabemos si Corona se refiere sólo al segundo o también a éste.

Aunque con una precisión menor que los nacionales, los reconocimientos hispanos en la frontera norte fueron reflejados por algunos de los cartógrafos europeos de la época, casos del citado Rigobert Bonne o el italiano Antonio Zatta. Ya en 1778 el británico Thomas Kitchin había delineado una carta que abarcaba casi todo el territorio mexicano, en la que su esfuerzo por recoger las novedades del Septentrión era loable, si bien su plasmación fue modesta y limitada. El mapa de Zatta (1785) resulta tan amplio como poco detallado; en cambio el ejemplar de Bonne de 1780 se centra en las Provincias Internas, aportando una decorosa información que, en algunos aspectos resulta muy pobre e imprecisa (el delineado de la Baja California); en su mapa de 1787 intenta Bonne perfilar todo el noroeste del Virreinato y, pese a las limitaciones, la mejoría resulta evidente, aportando datos interesantes; además de sus respectivas graduaciones, ambas cartas presentan escalas de leguas.

Conclusiones

A lo largo del trabajo hemos constatado la relación existente entre el deseo o la necesidad de proteger las zonas fronterizas de la Nueva España y la conveniencia de desarrollar una adecuada política en lo tocante a las exploraciones terrestres, para asegurar un conocimiento geográfico lo más amplio y profundo posible de cada una de las áreas de frontera, con vistas a una eficaz defensa de las Provincias Internas ante las posibles intromisiones, ocasionadas por militares o súbditos de otras potencias (cuestión más hipotética que real) o debido, sobre todo, a los múltiples problemas creados por la presencia apache y, en menor medida, de otras etnias.⁶¹

Esos planes defensivos implicaron la necesidad de organizar una política pobladora eficaz, fijando población en territorios estratégicos, como principal medida disuasoria (ese planteamiento favoreció la colonización y asimilación territorial de la lejana Alta California). Además, el sistema de presidios y misiones creado en el Septentrión novohispano aseguró —si bien con frecuentes sobresaltos— la subsistencia de las poblaciones españolas. El ejército profesional, de reciente creación, cumplió un eficaz papel en la defensa de la frontera y el refuerzo de los presidios, aparte de desta-

61 Como señala Velázquez, 1974a, p. 137, «cada región visitada, poblada o disputada fue una referencia en el mapa del norte de la Nueva España, contribuyendo a precisar las distancias y los accidentes geográficos».

car su rol social como acicate de la actividad pobladora; por otro lado, algunos de los altos mandos militares desempeñaron los cargos más importantes (gobernador provincial, comandante inspector de los presidios o comandante general de las Provincias Internas) en el Septentrión.

Hubo un campo en el que los esfuerzos realizados fueron bien aprovechados: todo aquel cúmulo de viajes y exploraciones, con las mejoras geográficas aportadas, resultó fundamental para reforzar los levantamientos cartográficos españoles relativos a aquellos lejanos y marginales territorios fronterizos, apareciendo —a raíz de los episodios señalados— unos mapas más modernos y rigurosos, que armonizaban mejor con el nuevo espíritu ilustrado de avance en los conocimientos científicos y revitalización de la cartografía hispana en América. La importancia de las acciones y campañas militares fue notable para el desarrollo de la cartografía del Septentrión: a veces, los levantamientos fueron consecuencia de la mejoría en los conocimientos geográficos, provocada por las operaciones bélicas, si bien hubo algún caso en el que el delineado de mapas resultó fundamental para poder organizar y desarrollar las oportunas campañas (por ejemplo el ejemplar de Rocha sobre el distrito del río Gila). Consecuentemente, en esa triple labor de exploración, asimilación territorial y pacificación, fue fundamental la aportación de los ingenieros militares, llegados de la Península para cumplir diversas tareas: personajes como Urrutia, Lafora, Mascaró, Constansó o Pagazaurtundúa revitalizaron la cartografía novohispana de la época.

Constatamos que en el proceso de expansión, organización y asimilación de los inmensos territorios fronterizos fue importante el papel desempeñado por diversas comunidades indígenas: unos indios por su condición de aliados (pimas, ópatas), otros por su actitud voluble y cambiante (comanches, navajos), otros como enemigos (seris y tarahumaras), siendo particularmente complejo el caso de los apaches, imprevisibles en su actitud, astutos y, llegado el caso, encarnizados y contumaces enemigos. Además, la propia caracterización tipológica de las tribus y los grupos apaches, con tendencia al nomadismo, la dispersión y la acción autónoma, complicaba notablemente los aspectos relativos a la actitud, tanto diplomática como militar, que podían adoptar los españoles con estos indios atípicos en muchos de sus comportamientos; en efecto: mientras unos grupos acordaban paces, otros guerreaban, e incluso algunos observaban una actitud pacífica en determinados lugares, pasando luego a otras zonas en actitud hostil. Relacionado con ese problema estaba la cuestión de la dificultad

española para conseguir victorias, no sólo por la extraordinaria adaptación al medio físico y las excelentes aptitudes guerreras de los apaches, sino también por la propia condición evanescente de dichas victorias, ante su carácter no definitivo, favorecido por la tendencia a la dispersión en tribus y grupos, y la autoridad limitada de los distintos cabecillas sobre tales grupos.

De forma complementaria, las representaciones cartográficas fueron utilizadas como un medio de reivindicación y apropiación territorial, pues al margen de la precisión en sus desarrollos, el sistema implicaba la realización de los reconocimientos oportunos sobre las tierras que se pretendía dominar. Así, los mapas podían acompañar y robustecer las reivindicaciones del Estado español en el ámbito internacional, al mismo tiempo que permitían a los diferentes funcionarios acceder a una información sobre los distintos territorios que, muchas veces, no podían obtener de forma directa (es el caso de los virreyes, ministros o el propio monarca); además, tales mapas servían para ilustrar variadas propuestas de política territorial: reconocimiento, ocupación, etc. por parte de funcionarios superiores o intermedios, religiosos o exploradores.

Por último, conviene indicar que, en el espacio fronterizo, el mapa cumple una función de dejar constancia sobre las tareas pendientes en el avance territorial, de diferenciar lo conocido de lo ignorado, indicando el *limes*, así como los fortines o presidios, existentes o proyectados, para asegurar la cohesión, defensa y expansión de la frontera.

Recibido el 09 de noviembre de 2009

Aceptado el 02 de noviembre de 2010

Referencias de los mapas citados

Archivo General de Indias, Sevilla, Mapas y Planos, México

121-124: mapas del Septentrión de Nueva España, de Álvarez Barreiro

162: mapa de la Sierra Gorda y costa del Seno Mexicano

206: Alta Pimería en Middendorf

346: el Septentrión de Nueva España en Constansó, completado por Mascará

349: Sonora y la Apachería en Font

410: mapa de Esquivel de la región lagunera

413: itinerario de Vial de Santa Fe a Nacogdoches

- 535: el territorio del Colorado y el Moqui en Font y Garcés
- 537: itinerario a Monterrey y el Moqui de Font
- 539: itinerario de Veracruz a Chihuahua y sus presidios, en Duparquet
- 577: el norte de Nuevo México en la campaña de Anza, de Miera
- 586 b: territorio del Gila en Rocha

Museo Naval, Madrid

- Mapa de Sonora, de Medina y Cabrera
- Mapa anónimo de Sonora de la época de Tienda
- La América Septentrional española en Alzate (1767)

Servicio Geográfico del Ejército, Madrid

- J-2-3-93: mapa anónimo de Nuevo México y los presidios
- J-2-3-96: el Septentrión de Nueva España en Lafora (también en BM)
- J-2-3-97: Nuevo México en Miera
- L M 8 1-a: Nueva España en Alzate (1768) (también en BNP)
- L M 8 i-a40: mapa de Miera sobre la expedición de Domínguez y Escalante al territorio de Utah (1776)

Real Academia de la Historia, Madrid

- Colección Boturini, t. 25, fols. 318-319: mapa de Utah y el Moqui de Escalante

British Museum, Londres, Mss. Room, Add.

- 17650.b: copia de Surville del Septentrión de Nueva España de Álvarez Barreiro
- 17651.u: Nuevo México en Miera (1779)
- 17652.a: Las Provincias Internas en Mascaró (1780)
- 17652.b: copia del Septentrión de Nueva España en Mascaró (1778)
- 17660.a: el Septentrión de Nueva España en Lafora (también en SGE)
- 17661.a: la frontera de Sonora en Rocha
- 17661.c: la cuenca del Colorado en Miera (1777)
- 17661.d: el noroeste de Nuevo México en Miera (1778)

Bibliothèque Nationale, París

- Klaproth, 649: Nueva España en Alzate (1768) (también en SGE)
- Manuscrits mexicains, n° 170, fol. 4: mapa de Texas, de Mascaró

Archivo General de la Nación, México

- Californias, 39: mapa de Nuevo México de Miera (1758)

Library of Congress, Washington, D.C.

Manuscript Division: El Septentrión de México y Louisiana en La Harpe
Geography and Map Division,
G4410 U7: el Septentrión de Nueva España en Urrutia
G4300 V4: la zona Utah-Nuevo México en Escalante

Yale University, New Haven, Conn.

Beinecke Rare Book and Manuscript Library: mapa del espacio Utah-Nuevo México en Miera (1778)

Bibliografía

- Antochiw, Michel: «La visión total de la Nueva España. Los mapas generales del siglo XVIII», Mendoza Vargas, Héctor (coord.): *México a través de sus mapas*, México, Instituto de Geografía, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), 2000, 71-88.
- Archer, Christon: *The Army in Bourbon Mexico, 1760-1810*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1977.
- Archer, «Bourbon finances and military policy in New Spain, 1759-1812», *The Americas*, 37, 3, Philadelphia, January 1981, 315-350.
- Arnal, Luis: «El sistema presidencial en el Septentrión novohispano, evolución y estrategias de poblamiento», *Scripta Nova*, X, 218, Barcelona, agosto de 2006, (s/pp).
- Bolton, Herbert E.: *Pageant in the Wilderness: The Story of the Escalante Expedition to the Interior Basin, 1776*, Salt Lake City, Utah State Historical Society, 1950.
- Borrero Silva, María del Valle: «Un aspecto olvidado de la visita de Pedro de Rivera: su propuesta de creación de la gobernación de Sonora y Sinaloa», *Memorias del XVI Simposio de Historia y Antropología de Sonora*, Hermosillo, Instituto de Investigaciones Históricas- Universidad de Sonora, 1992, 126-137.
- Borrero Silva, «La Frontera Novohispana a fines del siglo XVIII. Los Presidios. El reglamento de 1772», *Memorias del XVII Simposio de Historia y Antropología de Sonora*, Hermosillo, Instituto de Investigaciones Históricas- Universidad de Sonora, 1993, 181-197.
- Borrero Silva, «El Ingeniero Francisco Álvarez Barreiro y el Noroeste novohispano», *Indicios, Revista de Historia*, 1, 5, Hermosillo, Sonora, 2002, 51-57.

- Borrero Silva, (coord.) *Vida en los presidios fronterizos durante la colonia en el siglo XVIII. Actas del IX Simposio de Historia Regional*, Hermosillo, Sonora-México DF, Sociedad Sonorense de Historia, 1998.
- Brading, David A.: «Government and Elite in Late Colonial Mexico», *Hispanic American Historical Review*, 53, 3, Durham, N.C., August 1973, 389-414.
- Burkholder, Mark and Chandler, Dewitt S.: *From Impotence to Authority: The Spanish Crown and the American Audiencias, 1687-1808*, Columbus, University of Missouri Press, 1977 (ed. española: *De la impotencia a la autoridad. La Corona española y las Audiencias en América*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984).
- Corona Páez, Sergio Antonio: «Un mapa de Melchor Núñez de Esquibel. Parras, 1787», *Mensajero del Archivo Histórico de la UIA*, 4, 70 y 71, Torreón, julio y agosto 2004, 2-7 y 2-5 respectivamente.
- Curtis, Edward S.: *Los beduinos de América*. Vol. 1 de *El indio norteamericano*, Palma-Barcelona, Olañeta, 1993.
- Chávez, Fray Angélico and Warner, Ted J.: *The Dominguez-Escalante Journal: Their Expedition through Colorado, Utah, Arizona and New Mexico in 1776*, Salt Lake City, University of Utah Press, 1995.
- Elizondo, Domingo: *Noticia de la expedición militar contra los rebeldes seris y pimas del Cerro Prieto, Sonora, 1767-1771*, Mirafuentes, José Luis (ed.), México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1999.
- Fireman, Janet R.: *The Spanish Royal Corps of Engineers in the Western Borderlands: Instrument of Bourbon Reform, 1764 to 1815*, Glendale (California), Arthur H. Clark Co, 1977.
- Fisher, John R.: *Commercial Relations between Spain and Spanish America in the Era of Free Trade, 1778-1796*, Liverpool, University of Liverpool Press, 1985.
- Flagler, Edward: «Las relaciones interétnicas entre los navajos y los españoles de Nuevo México», *Revista Española de Antropología Americana*, XVIII, Madrid, 1988, 129-157.
- Flagler, «La política española para pacificar a los indios apaches a fines del siglo XVIII», *Revista Española de Antropología Americana*, 30, Madrid, 2000, 221-234.
- Gálvez, Bernardo de: *Noticia y reflexiones sobre la guerra que se tiene con los indios apaches en las provincias de Nueva España*; (descripción en María del Carmen Velázquez: «Los apaches y su leyenda»).
- Garcés, Fray Francisco: *Diario de exploraciones en Arizona y California (1775-1776)*, Málaga, Algazara, 1996.
- Gerhard, Peter: *The North Frontier of New Spain*, Princeton, Princeton University Press, 1982 (ed. española: *La frontera norte de Nueva España*, México, UNAM, 1996).

- Hernández Sánchez-Barba, Mario: *La última expansión española en América*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1957.
- Informe de don Pedro Tamarón y Romeral, obispo de Durango, al rey sobre los curatos y misiones de la Provincia de Zacatecas y la Custodia de Nuevo México (1765)*, Biblioteca Nacional de México, Fondo Reservado, Colección Archivo Franciscano (BNM, FR, CAF).
- Jackson, Jack: *Shooting the Sun: Cartographic Results of Military Activities in Texas, 1689-1829*, Austin, Book Club of Texas, 1998.
- Jones, Oakah L.: *Nueva Vizcaya. Spanish Settlers on the Northern Frontier of New Spain*, Norman, University of Oklahoma Press, 1979.
- Knaut, Andrew L.: *The Pueblo Revolt of 1680*, Norman, University of Oklahoma Press, 1995.
- Lafora, Nicolás de: *Relación del viaje que hizo a los presidios internos situados en la frontera de la América Septentrional*. Alessio Robles, Vito (ed.), México, P. Robredo, 1939.
- Loomis, Noel y Nasatir, Abraham P.: *Pedro Vial and the Roads to Santa Fe*, Norman, University of Oklahoma Press, 1981.
- Marchena, Juan (coord.): *El Ejército de América antes de la Independencia: ejército regular y milicias americanas, 1750-1815* (Ejército regular y milicias americanas, 1750-1815. Hojas de servicio, uniformes y estudio histórico), Madrid, Fundación Mapfre Tavera, 2005, CD-Rom.
- Martínez Laínez, Fernando y Canales Torres, Carlos: *Banderas lejanas. La exploración, conquista y defensa por España del territorio de los actuales Estados Unidos*, Madrid, Edaf, 2009.
- Mirafuentes Galván, José Luis: «Las tropas de indios auxiliares: conquista, contrainsurgencia y rebelión en Sonora», *Estudios de Historia Novohispana*, 13, México, 1993, 93-114.
- Moncada Maya, José Omar (coord.): *Fronteras en movimiento. Expansión en territorios septentrionales de la Nueva España*, México, Instituto de Geografía, UNAM, 1999.
- Moncada Maya, «Military Cartography and the Knowledge of New Spain. The military engineers in the eighteenth century», *Proceedings of the 13th International Cartographic Conference*, 1, México, 1987, 25-34.
- Moorhead, Max: *The Apache Frontier. Jacobo de Ugarte and Spanish-Indian Relations in Northern New Spain, 1769-1791*, Norman, University of Oklahoma Press, 1968.
- Moorhead, *The Presidio: Bastion of the Spanish Borderlands*, Norman, University of Oklahoma Press, 1975.
- Morfi, Juan Agustín de: *Viaje de Indios y Diario del Nuevo México (1779)*, Alessio Robles, Vito (int. y anotaciones), México, P. Robredo, 1935.
- Morfi, *Diario y derrotero, 1777-1781*, Hoyo Cabrera, Eugenio del y MacLean, Malcolm D. (eds.), Monterrey, N.L., Instituto de Estudios Superiores, 1967.

- Navarro García, Luis: «El norte de Nueva España como problema político en el siglo XVIII», *Estudios Americanos*, 20, Sevilla, 1960, 17-31.
- Navarro García, «La Gobernación y Comandancia General de las Provincias Internas del Norte de Nueva España», *Revista del Instituto de Historia del Derecho Ricardo Levene*, 14, Buenos Aires, 1963, 118-160.
- Navarro García, *Don José de Gálvez y la Comandancia General de las Provincias Internas del Norte de Nueva España*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos, 1964.
- Navarro García, «Carlos III y América», en *América en tiempos de Carlos III*. Madrid, Ministerio de Cultura, 1985, 9-16.
- Navarro García, «La política de Carlos III en las Provincias Internas: una valoración», en *Homenaje a Ismael Sánchez Bella*, Pamplona, Universidad de Navarra, 1992a, 395-409.
- Navarro García, *Hispanoamérica en el siglo XVIII*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 1992b.
- Navarro García, «Nicolás de Lafora, un ingeniero en la frontera de México», *Milicia y sociedad ilustrada en España y América (1750-1800)*, XI Jornadas Nacionales de Historia Militar (Sevilla, noviembre de 2002), Sevilla, Cátedra General Castaños, 2003, 2., 335-351.
- Naylor, Thomas y Polzer, Charles (comps. y eds.): *Pedro de Rivera and the Military Regulations for Northern New Spain, 1724-1729*, Tucson, University of Arizona Press, 1988.
- Ortelli, Sara: *Trama de una guerra conveniente: Nueva Vizcaya y la sombra de los apaches (1748-1790)*, México, El Colegio de México, 2007.
- Paquette, Gabriel B.: *Enlightenment, Governance, and Reform in Spain and its Empire 1759-1808*, Cambridge Imperial and Post-Colonial Studies Series, London, Palgrave Macmillan, 2008.
- Pietschmann, Horst: *Las reformas borbónicas y el sistema de intendencias en la Nueva España. Un estudio político-administrativo*, México, FCE, 1996.
- Piñera Ramírez, David (coord.): *Visión histórica de la frontera norte de México*, Centro de Investigaciones Históricas, UNAM-Universidad Autónoma de Baja California, La Paz/Mexicalli, 1987.
- Porro, Jesús María: «Algunas consideraciones sobre problemas fronterizos y relaciones con los apaches durante el gobierno de Jacobo de Ugarte en las Provincias Internas», en Ronald Escobedo y otros (eds.): *Euskal Herria y el Nuevo Mundo, La contribución de los vascos a la formación de las Américas*, Vitoria, Servicio de Publicaciones de la Universidad del País Vasco, 1996, 179-199.
- Ramírez Meza, Benito: «La gestión de José Tienda de Cuervo, gobernador de Sonora y Sinaloa, 1761-1762», *Clío, Revista de la Escuela de Historia*, 4:17, Culiacán, Sinaloa, 1996, 111-121.

- Represa, Amando: *La España ilustrada en el lejano Oeste: viajes y exploraciones por las provincias y territorios hispánicos de Norteamérica en el siglo XVIII*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1990.
- Rivera, Pedro de: *Diario y derrotero de la visita a los presidios de la América Septentrional Española*, ed. crítica de Vito Alessio Robles, México, Secretaría de la Defensa Nacional y Archivo Histórico Nacional, 3, 1946, y más reciente en Málaga, Editorial Algazara, 1993 y 2007.
- Rodríguez Pérez, Gabriel: «El norte de Nueva España en tiempos de Carlos III», *Revista de Historia Militar*, 91, Madrid, 2001, 69-128.
- Tamarón y Romeral, Pedro: *Demostración del vastísimo obispado de la Nueva Vizcaya. 1765*, introducción de Vito Alessio Robles, México, Antigua Librería Robredo de José Porrúa e Hijos, 1937.
- Torre Curiel, José Refugio de la: «Enemigos encubiertos: bandas pluriétnicas y estado de alerta en la frontera sonoreña a fines del siglo XVIII», *Takwá, Revista de Historia*, 14, Guadalajara, Jalisco, otoño 2008, 11-31.
- Vázquez, Josefina Zoraida: «Los apaches y su leyenda», *Historia Mexicana*, XXIV, 2, México, octubre-diciembre 1974b, 161-176.
- Vázquez (coord.), *Interpretaciones del siglo XVIII mexicano. El impacto de las reformas borbónicas*, México, Nueva Imagen, 1992.
- Velázquez, María del Carmen: *Establecimiento y pérdida del Septentrión de Nueva España*, México, El Colegio de México, 1974a.
- Weber, David J.: *What Caused the Pueblo Revolt of 1680?* New York, Bedford/St. Martin s Press, 1999.
- Weddle, Robert S.: *The French Thorn: Rival Explorers in the Spanish Sea, 1682-1762*, College Station, Texas University Press, 1991.
- Weddle, *Changing Tides: Twilight and Dawn in the Spanish Sea, 1763-1803*, College Station, Texas University Press, 1995.
- Wheat, Carl: *Mapping the Transmissisipi West*, vol. I: *The Spanish Entrada to the Louisiana Purchase, 1540-1804*, San Francisco, The Institute of Historical Cartography, 1957.